

# PRIMAVERA

BOCERRO TEATRAL EN UN ACTO

SAMUEL BLINÉN

3236



SALA URUGUAY

CON VIDEO

AVANCE Y PROGRAMAS DEL VIDEO

ESTADO 1984-1985

1984

# PRIMAVERA

SCHERZO TEATRAL EN UN ACTO

POR

SAMUEL BLIXÉN



SALA URUGUAY

MONTEVIDEO

IMPRESA Y LITOGRAFIA «LA RAZÓN»

57—CALLE CERRO—57

1896

# PRIMAVERA

---

"SCHERZO" TEATRAL EN UN ACTO

POR

SAMUEL BLIXÉN



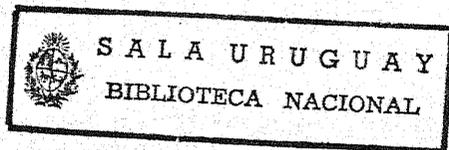
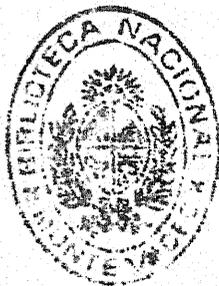
C. 119.372

MONTEVIDEO

IMPRESA Y LITOGRAFÍA «LA RAZÓN»

57—CALLE CERRO—57

1896



### PERSONAJES

EMILIA CÁCER . . . . .	28 años
CARMEN CASTILLÓN . . . . .	16 »
BONIFACIO RODRÍGUEZ . . . . .	38 »
AGUSTÍN CÁCER . . . . .	60 »
JACINTO OLIVERIOS . . . . .	32 »
ERNESTO VISAGRÁN . . . . .	24 »

LA ACCIÓN PASA EN COLÓN. (ALREDEDORES DE MONTEVIDEO)



## ACTO ÚNICO

Jardín.—A la izquierda fachada de *chalet* con *verandah*.—Al fondo, tapia alta cubierta de enredaderas.—Junto a la tapia, un banco.—A la derecha, naczos de árboles y plantas.—Primer término: un enorme quitasol japonés clavado en el suelo.—Debajo, un velador con útiles de costura, y dos sillitas de tijera.—Sillón de hamaca en la *verandah*.—Manga de riego tirada en el suelo, segundo término.

### Escena I

EMILIA y CARMEN, sentadas bajo el quitasol. JACINTO en la «*verandah*» fumando y hamacándose en el sillón.

EMILIA (hojeando unos periódicos de modas) Otra vez las mangas angostas?... Que feas!... No me gustan... Las has visto, Carmencita?

CARMEN (leyendo en un libro) Sí... ya las he visto...

EMILIA Pero esto va a ser una revolución!... No me resigno... Vamos a parecer unos monigotes... A quién se le habrá ocurrido la manga estrecha? (Viendo que Carmen no contesta, se dirige con la mirada a Jacinto).

JACINTO A mí, no.

EMILIA Pero tú, por cuáles estás?

JACINTO Psss!... Mangas chicas ó mangas grandes?... Ya sabes que yo soy siempre de manga ancha!

EMILIA Sí, por demás.

JACINTO (incorporándose) Pero Carmencita... ¿qué lee Vd. con tanto encarnizamiento?

CARMEN (con sequedad, sin dejar de leer) *Pepita Giménez*.

JACINTO Novela?

CARMEN Sí.

JACINTO De Jorge Ohnet?

CARMEN No... De Calderón de la Barca.

JACINTO No lo conozco.

EMILIA (fechándose a reír) Pero Jacinto, ... tú no has leído *Pepita Giménez*?...

JACINTO Yo?... Jamás!!

EMILIA Pues tiene razón en burlarse de ti.

JACINTO Bah!... No es de Ohnet?... Pues yo creía que todas las novelas que leían las mujeres eran de Ohnet. Mi ignorancia se explica. ¡Como yo no abro un libro!

CARMEN (secamente) Y lo confiesa!

JACINTO (se levanta y se apoya en la balaustrada) Porque no?... Acaso lo permiten mis ocupaciones?...

EMILIA Oh! (echándose á reír) Tus ocupaciones de vago!

JACINTO Precisamente: es increíble cuanto tiene que hacer un vago de cierta categoría... Ya ves: me levanto á la una; me visto; voy al Club; almuerzo; á las tres doy mi lección de esgrima; á las cinco me baño; á las ocho me siento á comer; á las nueve asomo las narices en el teatro; si hay gente, me quedo, si no, voy á hacer visitas, ó me pongo el frac para bailar unos lanceros y tomar una mala taza de té en cualquier parte; si no encuentro mujer que me interese, escorro el bulto, me vuelvo al Club, pongo una banca, y me voy á mi camita cuando ya asoma la Aurora...

EMILIA Pero... no te avergüenza?...

JACINTO Quién? La Aurora?... Ni pizca!... Ella es la que se ruboriza por mí. (Baja).

EMILIA Cínico! (riendo).

JACINTO Gracias! Ya ves que no tengo tiempo para leer majaderías de autores... Qué me podrían enseñar?... Lo que es la vida?... Si ya lo sé! Un mar alborotado en que todos damos una zambullida más ó menos larga... Lo que es el hombre?... Un bañista que casi siempre encuentra las aguas de ese mar insoportables por lo frías ó por lo calientes... Lo que es la mujer? Una agua viva... de aspecto muy bonito y muy delicado, pero que fastidia y... hace ronchas!

EMILIA (riendo) Pobres de nosotras!... No nos harás el honor de casarte nunca?

JACINTO Quién sabe?... ¡Como soy la misma inconsecuencia!... ¿Quién me verá los Domingos, acompañar á mi mujer á misa? ¿Quién me verá predicando moral á mis diez ó doce hijos? Porque eso sí: si me caso quiero tener muchos hijos!

EMILIA Por docenas?...

JACINTO Cuando menos... Y te lo confieso: á veces se me hace agua la boca, con sólo pensarlo. Si yo encontrara una mujer joven, espiritual, de buen carácter, franca, bondadosa y bonita! No pido más... Una mujer como tú... Qué idea! Tienes veintiocho años; yo treinta y dos; eres viuda y rica; soy buen mozo y simpático; nos queremos mu-

cho... Haremos un esfuerquito para querernos un poco más... y nos casamos!... Que te parece?

EMILIA (riendo á carcajadas) Casarnos?... Qué loco!

JACINTO Ves?... En cuanto manifiesto veleidades honestas, todas me contestan como tú... (trágicamente) Me quiero á un abismo echar... y me rechaza el abismo!

EMILIA Pero como se te ocurre hacer tu declaración á una viuda como yo, delante de una joven, bonita y casadera?

JACINTO Quieres que pruebe fortuna?... Verás como también me rechaza!... Carmen...

CARMEN (sin dejar de leer) Qué?

JACINTO Ha oído Vd. lo que me ha dicho mi prima?

CARMEN (id) No.

JACINTO (cantando) «Me hace el favor de oirme dos palabras?... Sólo dos palabras?...» Se trata de un asunto serio.

CARMEN (cerrando el libro, con impaciencia) Bueno: qué hay?

JACINTO (con afectada solemnidad) Quiere Vd. ser mi esposa?

CARMEN (levantándose, lo mira con altanería, y se vá por el fondo) *Zonzo!*

## Escena II

EMILIA, JACINTO

EMILIA (La mira alejarse. Se echa á reír) Qué necia!

JACINTO Buen carácter tiene la niña!... Si te acercas, te pincha; si la halagas, te lastima; si te alejas de ella, se ofende.

EMILIA Es el erizo de la casa...

JACINTO Y esa es tu compañera?... Pues estás divertida!

EMILIA Qué quieres? Hace un año que está con nosotros, pero no me he acostumbrado todavía á su manera de ser. Cuando quedó huérfana de padre y madre, y papá la trajo á casa en calidad de tutor, me propuse educarla para el mundo, dándole las maneras de la alta sociedad, enseñándole los secretos de la elegancia. Gozamos tanto las mujeres en dar lecciones de todo eso!

JACINTO Cuando la discípula no puede llegar á ser una rival...

EMILIA Tal vez tengas razón.—Al principio, parecía agradecida á mi afección: me acompañaba á todas partes, era mi amiga y mi compañera... Pe-

ro lentamente fué cambiando de carácter... Cada vez más preocupada, cada vez más encerrada en su extraño aislamiento, se convirtió en la mujer arisca y áspera que ves ahora. No sale, no visita; su gran placer es la lectura, y se pasa los días en el jardín, hablando á solas, leyendo en voz alta... A veces tiene fugaces momentos de alegría; otras, tiene horas enteras de aflicción en que hora amargamente. Te aseguro que está cada vez más insufrible, con su eterna cara de baqueta, con sus modales displiscentes!

JACINTO Rie?... Lloro?... Pues ya sé lo que tiene.

EMILIA Qué?

JACINTO Hay novio en puertas.

EMILIA (riendo) Ella, novio?... Ni siquiera se le ha ocurrido. Además: si no vé á nadie!

JACINTO Hum! (Se oyen golpes contra la pared del fondo). Diablos! Y cómo golpean!... Qué es eso?

EMILIA Es que juegan, ahí al lado, á la pelota...

JACINTO Contra esa tapia... Vaya una ocurrencia!... Y quién vive ahí?

EMILIA Tres ó cuatro de tus amigos. Está Vidal, está Vanegas, está Visagrán. Les ha dado fuerte con el jueguito... A toda hora, golpe vá, golpe viene, y no se puede estar tranquila en el jardín, porque á lo mejor... un pelotazo en la cara.....

JACINTO Y tío... no reclama?

EMILIA E! Dice que están en su derecho... que en casa propia puede todo el mundo divertirse como le dé la gana...

JACINTO Pero sin molestar al vecino... Espera, espera... (Se dirige hacia donde está la manga de riego).

EMILIA Qué vas á hacer?

JACINTO También yo tengo el derecho de divertirme á mi modo... Voy á enviarles un chorro por encima de la tapia...

EMILIA (alarmada) Pero Jacinto!...

JACINTO No dices que son Visagrán y Vanegas?... Son amigos... Verás que baño! Una ducha sienta bien después del juego violento.

### Escena III

DICHOS, DON AGUSTÍN (que asoma á la «verandah» con sus cañas al hombro, y sus útiles de pesca)

EMILIA Que viene papá!

AGUSTÍN Hola, inútil!... No te has marchado todavía?

JACINTO Ya lo vé Vd.

AGUSTÍN Qué haces con esa manga? Te has dedicado á jardinería? (Jacinto deja caer la manga) Qué tarde! Qué tarde tan hermosa!

EMILIA Va Vd. de pesca, tan temprano?

JACINTO De pesca? Y adónde?

AGUSTÍN Pues al arroyol... Adónde ha de ser?... Me gusta la pregunta!

JACINTO Y en el arroyo hay peces?... Yo creía que sólo había agua y barro... y miasmas pútridos... (Emilia rie) No vaya Vd. á pescar una fiebre maligna, en vez de pescar otra cosa.

EMILIA Sí, papá: hace mucho sol.

AGUSTÍN Mejor. Es la hora en que duermen las tarariras á flor de agua. Y ayer vi dos, enormes. Pero como no llevaba mis armas... (riendo) se han quedado esperándome. Pero les he dado cita... Verás luego, qué grandes y qué hermosas son.

JACINTO (irónico) Veremos.

AGUSTÍN Sí; tú también, petimetre, si te quedas á comer con nosotros. Conque, hasta luego. (Vase y vuelve) Ah! Si quieres pasar el tiempo haciendo humo, saca no más de mi cajón de habanos. Emilia sabe donde está... (Vase y vuelve) Ah!

JACINTO Otra vez? Mire Vd. que lo están esperando.

AGUSTÍN Quién? (asombrado).

JACINTO (riendo) Las tarariras... Y si no lo esperan sentadas... se van á cansar!

AGUSTÍN (á Emilia) Este cínico me falta al respeto... Oye. Acuérdate de que viene á comer Bonifacio.

EMILIA Ya me acuerdo.

AGUSTÍN Con que indiferencia lo dices!... Tratándose de un antiguo amigo, y de un pretendiente tuyo...

EMILIA (riendo). Pretendiente?... Es verdad. Hace de ello tanto tiempo, que lo había olvidado....

JACINTO Hum!...

EMILIA (vivamente). Qué?

JACINTO Que esas cosas no se olvidan nunca...

AGUSTÍN Ah!... Si te hubieras casado con él, en vez de casarte con el otro!

EMILIA (molestada). Papá... no digas esas cosas...

AGUSTÍN Bah, bah!... Qué tiene?... Tu marido fué un santo, un caballero cumplido, todo lo que quieras... pero, comprenderás que, como padre, no puedo quererle bien...

EMILIA Por qué?...

AGUSTÍN Porque te dejó viuda á los veinte años, en la flor de la juventud y de la hermosura. ¡Ah, si te hubieras casado con Bonifacio!... Siquiera con ese no habrías enviudado! (Sube al fondo).

EMILIA (sonriendo). Y tú que sabes?  
AGUSTÍN No viene a comer esta tarde con nosotros?...  
Pues si estuvieras casada con él,... me parece que  
no serías viuda todavía. Con que: hasta luego?...  
Bonifacio!... Ese sí que es un hombre sólido!  
(Váse).

#### Escena IV

EMILIA, JACINTO

JACINTO (sube a la verandah) Qué ocurrencias tiene mi  
tío! (Se pone el sombrero).  
EMILIA (sentándose junto al velador) Le ha dado con ese  
tema desde hace tiempo... El pobre no concibe que  
una viuda pueda vivir... ¿cómo te diré?... fuera  
del matrimonio.  
JACINTO Sí. Incomunicada.  
EMILIA Cómo?  
JACINTO Incomunicada con el sexo contrario. Y tiene razón,  
bajo cierto punto de vista  
EMILIA Pues se engaña.  
JACINTO No sientes ningún vacío?  
EMILIA Ninguno.  
JACINTO Eres una viuda rarísima... Pues yo, en tu caso,  
procuraba atrapar a Rodríguez. (Gesto de Emilia)  
Sí, ya sé que te lleva diez años, que no es elegan-  
te, que no es distinguido, pero ¡qué diablos! to-  
dos los hombres no son como yo. Además es rico,  
instruido: en fin, un partido serio. Y... no  
lo niegues... hubo un tiempo en que no lo echa-  
bas en saco roto... Es verdad que después le diste  
bolsazo.  
EMILIA Bolsazo?... Si no se declaró jamás!  
JACINTO Eh?  
EMILIA Ganas de hacerlo tuvo, pero nunca se atrevió...  
Si era más tímido!... Cansada de esperar esa de-  
claración que subió veinte veces a sus labios, y  
que se tragó veinte veces... por más que le tiré  
de la lengua...  
JACINTO Disté a otro tu mano... Ah, mujer!... Veleta!...  
*Piuma al vento!*... Y si se hubiera atrevido?...  
EMILIA Quién sabe!... Quizás sería hoy la señora de Ro-  
dríguez... A veces me pongo a pensar que el des-  
tino de una persona puede depender de una pala-  
bra... que no fué pronunciada.  
JACINTO Estás todavía en tiempo... No vuelve a Europa

hasta de aquí a tres meses. A noventa días vista,  
pueden hacerse tantas imbecilidades! (Sube).

EMILIA Te vas?  
JACINTO Sí... No dices que Visagrán y Vanegas viven al  
lado?... Les haré una visita y pasaremos la tarde  
en una *timba* modesta...  
EMILIA Pero es un escándalo!...  
JACINTO Es filosofía: la vida es juego desde el principio  
hasta el fin. Azar son el nacimiento, el rango, la  
fortuna, el amor, la salud, todo. Ser dichoso, es  
tener suerte: es tener en la mano las mejores car-  
tas de la baraja de la vida: los nueves del *bacca-*  
*rat*, los reyes del *ecarté*, los ases de la brisca. Fu-  
lano se ha casado bien y es feliz con su esposa...  
vaya un mérito! Ha sacado la grande en la lote-  
ría del matrimonio... Zutano es ministro, sena-  
dor, diputado... vaya una gracia! ha hecho un  
pleno en la ruleta de la política. Y ya que la exis-  
tencia no es más que un juego de azar, juguemos  
pues... es decir, vivamos!  
EMILIA (ocupada en su costura) Volverás a comer?  
JACINTO Indefectiblemente... (Aspirando el aire.) Que día,  
señor: qué día... Qué sol! Qué aire balsámico! Qué  
perfumes! Oh! primavera, juventud del año! como  
aseguran que ha exclamado un poeta... Oye: a tí  
no te dice nada la primavera?  
EMILIA De qué?  
JACINTO De eso... de volverte a casar... No?... No te  
produce ningún efecto? Pues, a mí, diabólico...  
No hay mujer que no me parezca seductora. Sabes?  
Es la savia que se renueva, y bulle, y sube, y...  
Como en los árboles, exactamente... (Estirando los  
brazos) Y que bien, que fuerte se siente uno!...  
En cuanto a mí, acaparé fuerzas para el resto del  
año... Revitallo por completo el depósito de mis  
energías.  
EMILIA Pero... ¿no te vas?  
JACINTO Ya me voy. (Enciende un cigarro) Carmen... Ahí  
viene el erizo... Pero; ¡picara primavera!... Lo  
creerás?... Hasta me parece bonita!  
EMILIA Es que lo es.  
JACINTO No lo había notado hasta ahora. Me escabullo.  
Sería capaz de pedirle otra vez su mano.  
EMILIA Atrévete! (riendo).  
JACINTO Si para ella no hay primavera! No tiene savia,  
savia ardiente como yo... Y tú, por última vez:  
¿no quieres desenviudarte conmigo?  
EMILIA No.  
JACINTO *Per l'ultima volta!*... (Imitando al Alcalde de Doña  
Juanita.)

EMILIA No.  
 JACINTO *Veramente no?*  
 EMILIA No.  
 JACINTO *Allora... ballerem!* (Vase tarareando el vals de *Doña Juanita* y marcando las frases del cancan).  
 EMILIA (levantandose) Que loco está!

**Escena V**

EMILIA, luego ERNESTO, luego CARMEN

EMILIA (atraviesa la escena y sube a la *verandah* tarareando. De la tapia surge Ernesto que al ver a Emilia, desaparece otra vez. Emilia, al pasar junto a los rosales que habrá al pie de la escalera, corta dos ó tres rosas, y luego sube.) Carmen... Dónde se habrá metido esta niña?... Carmen!!  
 CARMEN (que se ha sentado en el fondo, con el libro en la mano) Aquí estoy.  
 EMILIA No te vistes?  
 CARMEN Para qué?  
 EMILIA Hay invitados a comer... No pongas esa cara, que no vienen a comerte a ti! (Vuelven a sentirse golpes) Otra vez con los pelotazos!... Pero esos cretinos juegan a todas horas y al rayo del sol?... Lástima de tabardillo!  
 CARMEN ¿Cómo se conoce...!  
 EMILIA Qué?  
 CARMEN Nada (Se echa a llorar).  
 EMILIA Pero Carmencita... ¿qué es eso?... Debes estar enferma... (baja) No te he dado motivo... Tienes alguna pena?... Te pasa algo?... (cariñosamente) Vamos, cuéntame...  
 CARMEN No tengo nada... nada!... nada!! (Con rabia).  
 EMILIA (Se tapa los oídos. Luego se encoje de hombros y sube a la *verandah*) Quien te toca se pincha. No vas a encontrar quien te quiera en el mundo. (Carmen la mira subir la escalera y se va al fondo precipitadamente. Emilia recoge algunos objetos en la *verandah*. Carmen empieza a tararear alto una canción. Ernesto aparece sobre la tapia, como respondiendo a la señal. Emilia se dá vuelta, al oír canto pero sin ver a los personajes)... Y ahora canta! Esta sí que está loca de remate... Pobre-cita! (Entra)

**Escena VI**

CARMEN, ERNESTO

CARMEN (en voz baja) Chist!... Hable Vd. bajo.  
 ERNESTO (id.) Hace una hora que espero. No oyó Vd. los pelotazos?  
 CARMEN (id.) Los oí, pero había gente en el jardín. Me quiere Vd. mucho?  
 ERNESTO (fuerte) Más que á mi vida. (Señal de Carmen) Más que á mi vida.  
 CARMEN Piensa Vd. mucho en mí?  
 ERNESTO Siempre, siempre, siempre. Sabe Vd. el chasco que me acaba de pasar?  
 CARMEN Cuál?  
 ERNESTO Que oí cantar, creí que era la señal suya, y trepé al muro. Resultó que estaba ahí la viuda. Casi me sorprende. (Campanillazo á la derecha).  
 CARMEN Tenemos que cambiar de señal... Han abierto la puerta... Alguien viene.  
 ERNESTO Qué fastidio! Nos veremos á la noche?  
 CARMEN Sí... pero baje Vd.  
 ERNESTO A que hora? (Viendo entrar á Bonifacio desaparece de pronto)  
 CARMEN A las nueve... (Advierte que ya no está Ernesto. Vuélvese y vé á Bonifacio) Ah! (Sale corriendo por la izquierda).

**Escena VII**

BONIFACIO, luego UN CRIADO

BONIF. (Contempla á Carmen que huye) Parece que la he asustado... Es Carmencita... Probablemente no estaba en traje de recepción... (Golpea las manos) A ver si me oyen ahora... He abierto el porton, ha sonado la campana, y no veo un criado... Estarán durmiendo la siesta? (Vuelve á golpear) Si será demasiado temprano para visitas? (Sale de la casa un criado) Gracias á Dios!... ¿Está don Agustín en casa?  
 CRIADO Ha salido hace una media hora.  
 BONIF. Caramba!... Ya decía yo que era muy temprano... Y la señora... ¿ha salido también?  
 CRIADO Creo que no. Espere Vd. un poco, é iré á ver. (Entra en la casa).  
 BONIF. No, que no se incomode; volveré más tarde!...

No me ha oído; y ahora voy á importunar á la pobre Emilia. (Vuelve á salir el criado).

CRIADO Su nombre, señor?

BONIF. Bonifacio Rodriguez... pero, yo volveré más tarde.

CRIADO No señor. Es para dar aviso si es que está la señora (Vuelve á salir).

BONIF. Bueno, esperaremos. (Váse al velador y se sienta. Oyense de nuevo golpes en la tapia). Hola! Juegan á la pelota ahí al lado. (Se levanta. Va al fondo. Una pelota le dá en el sombrero y se lo derriba). ¡Demonios! (Recoje la pelota y la examina). Demonios! (Sorprendido). Que dice aquí, escrito con lápiz? (Lee) «Tengo que hablarle. La seña es toser»... Esto es una cita!... Pero ¿á quién?... A la viuda?... A la huérfana?... Las dos son incapaces... Es una insolencia de algún vecino desvergonzado... Yo le contestaré como se debe. (Acércase á la tapia, dice en voz alta) *Guarango!* Creo que así es como contestaría una mujer. Y ahora á la una, á las dos, y... Va pelota! (Tira la pelota por encima del muro. Emilia sale en ese momento, ve la acción y se echa á reír).

**Escena VIII**

BONIFACIO, EMILIA

EMILIA Está Vd. jugando con el vecino? (Baja).

BONIF. (Confuso)... Señora...

EMILIA «Señora!» Solo le faltan la reverencia y el pas o atrás, para competir en ceremoniosa eleganci a con los marqueses del siglo pasado.

BONIF. Señora...

EMILIA Otra vez?... Siéntese Vd. acá. (Junto al velador). Mi padre ha salido, pero volverá pronto... Sin embargo, tendré el tiempo necesario de amonest arle a mi gusto... Deme ese sombrero, que lo vá Vd. á deshacer entre los dedos. (Lo coloca sobre el velador).

BONIF. Amonestarme? Y por qué?

EMILIA Por varias razones. (Pausa). La primera... ¿por qué no viene Vd. con más frecuencia?

BONIF. Por... por...

EMILIA Por cortadad. Confíeselo. Por falta de confianza... Porque supone Vd. que incomoda... ¡Qué cambio do ha vuelto Vd. de Europa, don Bonifacio!...

BONIF. Quién... yo?

EMILIA Antes no era Vd. así... Entraba en casa y salía

de ella, como si fuera la propia... Nada de eti-  
quetas, nada de cumplimientos... Se sentaba á la  
mesa aunque llegara tarde y no le hubiéramos  
invitado... Repetía del plato que le gustaba... y  
repetía muy á menudo. Conserva Vd. el apetito?  
(Riendo) Inalterable.

BONIF. Me alegre. Es una buena condición que sus diez  
EMILIA años de París no han podido modificar. Quiere  
usted decirme ahora en qué hemos podido cam-  
biar para con Vd?... Desde su vuelta, y de eso  
hace... ¿fué en Mayo, verdad?... pues, medio año,  
ha venido Vd. tres veces. No es mi padre quien  
lo aleja, puesto que el pobre lo quiere como á hi-  
jo suyo... no es el loco de mi primo, cuyas bro-  
mas festeja Vd. tanto; por consiguiente... quien  
lo aleja... soy yo.

BONIF. (Confuso) ¿Vd... señora?

EMILIA Segundo punto de mi interpelación. Por qué me  
llama Vd. *señora?* (Silencio) Vamos, por qué?...  
Cuando yo era pequeña y me hacía Vd. saltar  
en sus rodillas... me llamaba Vd. *Milita*. «Mi-  
lita ¿quieres saltar en la cuerda?» «Milita, un ca-  
ramelo!»... «He comprado una muñeca para Mi-  
lita»... Y Milita por aquí, y Milita por allá... No  
se ponga Vd. colorado, hombre de Dios, que no he  
querido llamarle viejo! Si ya sé que no tiene más  
que treinta y ocho años... Qué tiempos aquellos!...  
(Aturdidamente) Si supiera cómo lo quería yo en-  
tonces!

BONIF. (Con un suspiro) Es cierto!

EMILIA Que tonta! Ahora soy yo la que me pongo colora-  
da... (Con coquetería) Ya vé Vd. que no la consi-  
dero tan viejo...

BONIF. Emilia!

EMILIA (Risa franca) Vamos: por fin!... Así me llamaba  
Vd. cuando era muchacha casadera... cuando  
Vd. me hacía un poco la corte, en secreto, eso  
sí, muy en secreto... tanto, que tuve que adi-  
vinarlo, porque Vd. no se tomó la molestia de  
decírmelo nunca...

BONIF. Yo... no...

EMILIA (Levantándose, y con fingida indignación) Niéguelo  
Vd. si se atreve! No estuvo Vd. enamorado de mí?...  
Aunque así fuera...

BONIF. Nada de vaguedades: sí ó no.

EMILIA Pues bien: sí.

BONIF. Finalmente! (Aplaude).

EMILIA Pero... es motivo para que Vd. me guarde ren-  
cor, y para burlarse de mí, diez años después?



EMILIA Burlarme?... Si le doy las gracias, ahora que todo lo ha borrado el tiempo, por aquel amor sincero, respetuoso y fuerte que Vd. me tuvo!

BONIF. Emilia... (pausa) Por qué me habla Vd. hoy de todo aquello?

EMILIA Porqué?... Porque *aquello* flotaba como una sombra entre los dos, impidiendo que fuéramos buenos amigos, y era necesario quitarle de ahí adentro, donde la tenía atragantada, esa confesión que le ha estorbado tantos años... Además... ¿quién sabe?... Quizás es efecto de este día primaveral, tan tranquilo, tan placido, que predispone a soñar con las horas del pasado venturoso, trayendo a la memoria la perdida fragancia de la primera florecencia sentimental.... Porque ese jardín interno que llamamos el alma... también tiene sus flores.... Vé Vd? Por poco hablo en verso!.... Echele Vd. las culpas a la tarde!

BONIF. Tiene Vd. razón. Es dulce, es grato... pero quizás es peligroso.

EMILIA Peligroso?... Remuevo las cenizas de una hoguera apagada... ¿Habría por casualidad un tizón eucendido aún, entre esas cenizas?...

BONIF. (Se levanta, sin saber que decir. Turbación cómica).

EMILIA Veo que le molesto. Vamos, vuelva Vd. a sentarse... (con tono infantil) Acuérdesse Vd. de cuando Milita le decía: *Facio, no lo haré más!*... Porque yo le llamaba Facio, que resulta más bonito que Bonifacio... ¿Se acuerda Vd.?

BONIF. (enternecido) Que niña es Vd. todavía!

EMILIA Lo seré siempre. Mi carácter es así. Brrrr!... El ruido de alas de un pájaro en libertad.

BONIF. (involuntariamente) Encantadora!...

EMILIA (vivamente) Qué ha dicho Vd.?

BONIF. (turbado) Nada... Es decir... Hablaba para mí solo.

EMILIA (con malicia) Sigue Vd. con la costumbre de tragarse las palabras?

BONIF. (turbado) Emilia!

EMILIA Bueno. Punto final y basta de bromas (Cose un rato. Pausa) Cuénteme algo de París... y de lo que ha hecho por Europa durante esos diez años que estuvo por allá...

BONIF. Un hombre como yo tiene tan poco que contar!...

EMILIA Pues?

BONIF. ¿Qué quiere Vd. que le suceda al que, como yo, ha viajado para enriquecerse... o para hallar el olvido en la distancia y en el tiempo? (Emilia lo mira).

No me mire Vd. así, si quiere que prosiga. A los hombres como yo, no les pasa nada de particular: viajan como todo el mundo, viven como todo el mundo, engordan como todo el mundo. No he naufragado nunca; no he descarrilado una vez siquiera. Es que esas cosas no son *para todo el mundo*. Se ríe Vd.? Ya que estamos en la hora de las intimidades voy a decirle esto: si viera Vd. cómo me agobia la estúpida banalidad de mi vida entera! También siente Vd. la influencia primaveral...

EMILIA  
BONIF.  
EMILIA  
BONIF.

Cómo?

Se pone Vd. romántico!

Esto no es romanticismo, es clarovidencia. Qué ha sido toda mi vida? Un buen negocio. He comprado durante veinte años lana barata en América para venderla cara en Europa. He enriquecido con las diferencias, viviendo entre los fardos de mis depósitos, sin mirar atrás, sin mirar a mi alrededor, pensando en el porvenir tan sólo para acordarme de los vencimientos de mis letras. He sido un hombre reconcentrado en la monotonía vulgar que es la esencia de mi sér... Oh! no me engaño: con mi origen, con mi fortuna, con mi poca inteligencia, otro habría salido alguna vez al gran escenario de la vida a desempeñar un papel brillante, bonito ó simpático; pero yo... ¿yo?... estoy condenado a figurar eternamente entre los coristas. (Se levanta). Es que a otros les toca en suerte encarnar la poesía en algún momento feliz de su existencia, mientras que yo sólo encarno la prosa, la prosa vil, con esta facha mía tan vulgar, con este traje que se me despega, con estos hombros de mozo de cordel, con esta nariz... grosera... porque ¡mire Vd. si es grosera!... y con mi nombre de Bonifacio... que me pesa como una ignominia... Es un grillete que llevo a los pies... y no me deja dar un paso hacia adelante.

EMILIA (Interesada, con los codos sobre el velador, y el rostro entre las manos) Son locuras...

BONIF. Locuras, ya lo sé... Pero qué quiere Vd. que haga?... Es mi preocupación. Otros son ridículos, vulgares, groseros, pero son felices, porque lo ignoran. Mi desgracia está en no ignorar mis defectos. Una sola vez (y hablo de ello porque Vd. ha provocado estas confesiones) quise reaccionar contra esa prosa letal de mi vida: pretendí que un rayo de sol, un fulgor de poesía, disipara la monótona nube gris de mi existencia... y fué... (conmovido) cuando me atreví a poner en Vd. mi pensamien-

to... Pero al compararme con Vd., al imaginar mi figura opaca junto á la suya tan luminosa, tan gentil, tan radiante de belleza y de juventud, me consideré culpable de pensamiento, como lo es de hecho... (sonriendo) la oruga que se atreve á ensuciar con su contacto el pétalo de una flor recién abierta.

EMILIA (se levanta conmovida) Gracias, señor Oruga.  
 BONIF. Por qué?  
 EMILIA Por... por la comparación.. Señor Oruga: no es Vd. tan vulgar como aparenta... Debe estar bien convencido de ello. Cuántas mujeres se lo habrán dicho!  
 BONIF. Ninguna, porque con ninguna me he confesado como con Vd. Además,—vuelvo á repetirlo:—una sola vez he abierto mi alma al amor, y ya sabe Vd. que quedé escarmentado.  
 EMILIA Lo dice Vd. en serio?  
 BONIF. Lo juro.  
 EMILIA No ha querido Vd. á otra mujer más que... á mí?  
 BONIF. A ninguna... (Con sencillez) Palabra de caballero... (Sonriendo) y de comerciante. Desde entonces, mi corazón es... un sepulcro cerrado.  
 EMILIA Herméticamente?  
 BONIF. Todo lo más herméticamente posible.  
 EMILIA No se ha introducido afecto alguno por las endiñitas, por el ojo de la cerradura?... (Señal de que no) No piensa Vd. en casarse, por consiguiente? (Bonifacio hace señal de que sí) Y con quién?  
 BONIF. No lo sé. Con la primera mujer buena y honrada que me acepte. Qué quiere Vd.?... No espero lograr el amor, pero ambiciono el cariño de los hijos. Ese será un afecto, y por consiguiente, será poesía. Además, un hombre como yo no puede renunciar á tener hijos: es una obligación que la naturaleza ha impuesto á *todo el mundo*...  
 EMILIA (Pensativa) Ya que tiene Vd. esas intenciones... ¿por qué no se casa con...?  
 BONIF. (Anhelante) Quién?...  
 EMILIA Con la huérfana.  
 BONIF. (Desilusionado) Con Carmen!  
 EMILIA Sí. Es joven, es bonita, es buena... Ya que Vd. no aspira al amor, haga una obra de caridad. Está sola en el mundo; Vd. la iniciaría en una vida de bienestar con la cual ni siquiera sueña. Comenzaría á quererle por agradecimiento, y tal vez concluiría queriéndole por amor...  
 BONIF. (Al ver venir á Carmen tose para advertir á Emilia)

Si, pero... Hum! Hum!... (Ernesto aparece por encima del cerco).

EMILIA (Se vuelve) En hablando del Rey de Roma...

**Escena IX**

DICHOS, CARMEN, *que sale como buscando algo por el suelo.*  
EMILIA y BONIFACIO *la contemplan*

ERNESTO Han tosido! Es la señal... (ve el grupo). Diablos! (Desaparece).  
 BONIF. (á Carmen) Señorita, muy buenas tardes.  
 CARMEN (sorprendida) Ah!... (Saluda sin acercarse) Buenas tardes. (Sigue examinando el suelo).  
 EMILIA Se te ha perdido algo?  
 CARMEN No. Pero el criado de los vecinos reclama una pelota que acaba de caer al jardín...  
 EMILIA Y te tomas el trabajo de buscarla tu misma?... Que la busque la criada... Siempre estás en esa tarea; no se cómo no te cansas... Porque al fin no es tu obligación preocuparte de esos impertinentes que se pasan todo el día molestando con su estúpido juego.  
 BONIF. (Mira asombrado á Carmen) ...Era ella!  
 EMILIA Qué dice Vd?  
 BONIF. Nada.  
 CARMEN Entonces... No la han visto Vds.?  
 EMILIA A quién?  
 CARMEN A la pelota... Es para contestar al criado!  
 EMILIA Dale!... No la he visto.  
 BONIF. Ni yo.  
 CARMEN Gracias (Vase).

**Escena X**

EMILIA y BONIFACIO

EMILIA Mirela Vd. bien... Tiene diez y seis años encantadores. Es un poco seria, pero bondadosa. Habla francés, inglés, italiano; toca el piano, canta y dibuja. Cose á mano y á máquina; borda de realce. Precisamente: el vestido que lleva se lo ha hecho ella misma. Tiene unas manos primorosas. Y para el dulce de leche!... Le gusta á Vd. el dulce de leche?...  
 BONIF. (riendo) Mucho... pero no me conviene la cocinera... á precio de matrimonio.

EMILIA Es Vd. difícil... Y por qué?... Es tan inocente!... Es una criatura por lo cándida (Se queda mirándolo) Por qué se ríe Vd. por dentro?

BONIF. Yo?

EMILIA Sí. Vd... Si se lo conozco!...

BONIF. Me río porque, sin ser comerciante, *hace* Vd. el artículo, como el mejor de mis dependientes... Pero no se canse Vd.... Carmen no me aceptaría.

EMILIA Nada se pierde con probar. Declárese Vd. (Se sienta).

BONIF. (Sentándose) Esa es precisamente la dificultad... (Sonriendo) Por no saber declararme quizá perdí una vez la dicha que tuve á mi alcance.

EMILIA Pero desde entonces... ¿no ha hecho Vd. progresos?

BONIF. En esa materia, ninguno.

EMILIA No ha salido del A. B. C.?

BONIF. (Convincente)... ¡Si esas cosas no se han hecho para mí!... Bueno estaría yo diciendo ternezas con esta boca, y poniendo en claro estos ojos! ¿Y dónde encontrar palabras dulces, poéticas, perfumadas? En mi vocabulario comercial no existen... Le repito que soy prosa, desde la suela gruesa de mis botines hasta la punta de los pelos. Crea Vd. Emilia: cuando no me he declarado *entonces*, es que ya no me declaro á mujer alguna... Me casaré,—es resolución que tengo hecha—pero a condición de no decir á mi futura ni una palabra de amor.

EMILIA Veo entonces que la cosa es difícil... Pero... oiga Vd... Por qué no hace otra cosa?

BONIF. Qué?

EMILIA Por qué no aprende á declararse? Si es más fácil de lo que supone! Vamos, levántese Vd. (sorprendido). Para qué?

BONIF. Para dar la primera lección. Me brindo á ser su profesora...

EMILIA De amor?

BONIF. O de galantería, como Vd. quiera.

EMILIA Tiene Vd. tanta experiencia, que se atreve á poner cátedra?...

BONIF. No olvide Vd. que en estas materias, la más ignorante de las mujeres puede dar lecciones al más avisado de los hombres.

EMILIA Será cosa entretenida. Me someto. ¿Cómo se reirá Vd. de mí! (Se levanta) Vamos: ya estoy de pie.

BONIF. Eso es. (Lo mira de arriba abajo) Qué sastre lo viste?

EMILIA El primero que encuentre.

EMILIA Hay que cambiar...

BONIF. (Riendo) Más todavía?

EMILIA Es decir: tiene Vd. que hacerse vestir en una sastrería de lujo... y tiene que aprender á atarse la corbata. (Se la arregla) Este es el nudo de una cuerda... Ya está. Si parece Vd. mucho mejor!... Ve Vd? Ya está Vd. siquiera presentable...

BONIF. Muchas gracias.

EMILIA Supongamos ahora que está Vd. enamorado de Carmen. ¿Le cuesta mucho suponerlo?

BONIF. (Suspira) Bastante... Pero ya que Vd. se empeña!...

EMILIA Supongamos ahora que yo soy Carmen, y que Vd. quiere darme á entender que me ama. Sabe Vd. cómo se empieza?

BONIF. No.

EMILIA Pues hay tres maneras de decirle á una mujer que uno la quiere, sin necesidad de romper el silencio: con la mirada, con la sonrisa, con el suspiro... Qué dice Vd.?

BONIF. Que todo esto sería ridículo en otros labios y es delicioso en los suyos.

EMILIA ¿Una galantería?... Bravo!... (Se coloca á distancia) Veamos; míreme Vd. con cariño... No ponga Vd. esos ojos de carnero ahogado, hombre de Dios!... Busque Vd. mi mirada, pero sin afectación... Ahora parece Vd. turbado... Ahora me mira Vd. con demasiada insolencia.

BONIF. (Riendo) Ya ve Vd. que el discípulo no sirve...

EMILIA Paciencia!... Quietos!... Pasemos á la sonrisa... Sonría Vd. ahora con expresión de resignada tristeza, como diciendo: «Bajo esta risa de mis labios, se oculta un infierno de sufrimientos»... Pátese Vd. la mano por la frente... Ve? no está tan mal... Y ahora... el suspirito (Bonifacio suspira riendo) Ese es un suspiro poético?... Ese es el soplo de un fuelle!

**Escena XI**

*Dichos, ERNESTO (por encima del cerco) luego CARMEN*

ERNESTO Me parece haber oído la señal... (Los ve) Pero... ¿no se irá nunca esta gente? Qué harán? (Se queda contemplándolos).

BONIF. Si tendrá Vd. dominio sobre mí, que me obliga á hacer estos papeles! Lo bueno es que no nos ve nadie (Ernesto sigue la escena, riéndose por lo bajo y expresando mimicamente sus impresiones).

EMILIA (Se sienta, y con aire doctoral) Pasemos al segundo punto... Señor discípulo: ¿Sabe Vd. cuales son las pruebas esenciales de la afeción?

BONIF. No.

EMILIA Son terribles. Tiene Vd. que ir á todas aquellas partes donde *ella* vaya: á misa, al paseo. De tarde rondará Vd. *su* calle, se parará en una esquina con los ojos clavados en los balcones de su adorado tormento... ve?... así... Contestará distraído á todos los saludos, tropezará con los transeuntes...

BONIF. Haré el papel del perfecto imbécil.

EMILIA O del perfecto enamorado. Son cosas que se confunden. Y allí se estará Vd. una hora, haga calor ó frío, caiga lluvia ó granizo...

BONIF. Lloviendo también?... Si estoy reumático!

EMILIA Es de muy buen efecto soportar la lluvia. Eso significa cierto desprecio por la vida, que Carmencita le agradecerá.

BONIF. Dale con Carmencita!... Si no me gusta!

EMILIA No importa!

BONIF. Cómo que no importa?... Y si tiene novio? (Carmen aparece, ve á Ernesto, y le hace señas. Ernesto le pide que se acerque. Carmen no se atreve. Por fin se va acercando poco á poco al observar como se desarrolla la escena entre Emilia y Bonifacio, y concluye por trepar al banco).

EMILIA No me haga Vd. reír. Si acaba de dejar las muñecas!... Si está lo más ajena á todas esas cosas!

BONIF. Sea. Y cuando haya cometido todas esas estupideces... qué habré adelantado?

EMILIA Mucho... Tendrá Vd. el derecho de hablar. (Levantándose y con coquetería) Pero le estoy aburriendo ya con estas bromas.

BONIF. Es que... precisamente ahora venia para mi lo más interesante. (Tomándole la mano y obligándola á sentar) Continúe Vd... se lo suplico, se lo imploro!

EMILIA (Pausa) Y que quiere Vd. que le diga?

BONIF. (Reteniendo la mano que Emilia le abandona) El secreto... el secreto que poseen otros de ablandar los corazones, de conmover con palabras tiernas el sentimiento femenino... Soy como esos principes de los cuentos de niños, que por malas artes de encantamiento quedan petrificados y mudos, hasta que una buena Hada los roza con su veste ó los toca con su cetro de lirios, y les devuelve la vida y la palabra y con ellas la felicidad y el amor... Sea Vd. para mí esa Hada buena!

EMILIA Y es Vd. el que quiere aprender á hablar?... Ha-

ble Vd. así cuando llegue el momento psicológico, y triunfará... La cuestión es adivinar ese momento psicológico.

BONIF. (sonriendo) El famoso cuarto de hora...

EMILIA Que suele no ser más que un instante: el tiempo de un latido, de un golpe de sangre en las venas. Vamos: figúrese Vd. que se encuentra con *ella*, á solas—como está conmigo—en una tarde—como esta,—tarde primaveral, cálida y sugestiva, en que hablan un secreto lenguaje poético la tierra y el espacio, á la sombra de los árboles amigos de los amantes, en esa hora en que el aire se impregna de misteriosas fragancias,... ¿Comprende Vd. la situación?

BONIF. Si, sí... continúe Vd.

EMILIA Ese puede ser el instante crítico, y entonces, en medio de la charla íntima, figúrese Vd. que se acerca á ella y le toma la mano—como me la acaba de tomar,—y que *ella* la abandona, y que estrecha Vd. esa mano entre las suyas—como está Vd. estrechando la mía—y que *ella* responde á la cariñosa presión... Entonces...

BONIF. (Ansiosamente) Entónces?

EMILIA (Conmovida) No le parece á Vd. que basta para una primera lección? (Pretende levantarse).

BONIF. No sea Vd. cruel. Responda. (La detiene) Entonces?

EMILIA Entonces... Hablará Vd... y será comprendido... Pero... (Con graciosa impaciencia) Hablará Vd?... Desembuchará... (riendo) lo que tiene que decir?... Qué dirá Vd... ¿vamos á ver?

BONIF. (Con pasión) Emilia... ¿quiere ser Vd. mi esposa? (Le besa la mano).

EMILIA Conste que esto no se lo he enseñado yo!

BONIF. Quiere Vd. ser mi esposa?

EMILIA (Pausa; lo contempla) Si no lo deseara con toda mi alma... ¿le habría dado acaso esta lección?

BONIF. Encantadora! (Se arroja á sus pies).—Al mismo tiempo Carmen, subida sobre el banco, da su mano á Jacinto que la besa con entusiasmo).

Escena XII

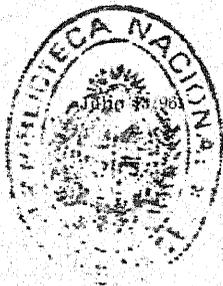
DICHOS, DON AGUSTÍN (que entra llevando dos peces colgados de la mano) JACINTO

AGUSTÍN (alegremente) Las pesqué... las pesqué! (Viendo la doble escena y cambiando de tono) Las pesqué!

CARMEN Ah! (da un grito; quiere huir)



- EMILIA Papá!...
- BONIF. Don Agustín!
- AGUSTÍN (á Ernesto) Quiere Vd. explicarme por qué besa Vd. las manos de mi pupila? (á Bonifacio) Y tú por qué estás á los pies de mi hija?
- BONIF. Porque Emilia me acaba de otorgar su mano, don Agustín...
- AGUSTÍN Deveras? (Entrega los peces á Jacinto que ríe á carcajada) Estorbo: toma esto. (á Bonifacio) Dame un abrazo. (Volviéndose al fondo) Y Vd. señor...
- JACINTO (Haciendo una presentación cómica) Ernesto Visagrán, distinguido rentista y abogado... Mi tío Agustín Cáceres, pescador de tarariras...
- AGUSTÍN Tanto gusto... Y Vd. señor Visagrán ¿con qué derecho besa Vd. la mano de mi pupila?
- ERNESTO Con el que me da la intención que tengo de pedirselá á Vd... en cuanto me autorice Vd. á bajar de aquí.
- AGUSTÍN Me la pide formalmente! (asombrado) Gracias á Dios!
- CARMEN Cómo?
- AGUSTÍN Quiero decir, que...
- CARMEN (de mal talante). No le ponga Vd. obstáculos, porque le prevengo que está decidido á saltar por todo.
- AGUSTÍN Está decidido á saltar?... Pues que empiece por saltar el cerco. Y que venga á pedir tu mano, que le concedo desde ya (A Jacinto, aparte) No se vaya á arrepentir! (Ernesto salta y se coloca al lado de Carmen, después de abrazar á Jacinto).
- EMILIA (Corre á abrazar á don Agustín) Qué feliz soy!
- CARMEN (Corre á besarle la mano) Qué bueno es usted!
- AGUSTÍN Ahora soy bueno, eh?... Mosquita muerta!
- EMILIA Quién iba á pensar todo esto?
- JACINTO (adelantándose) Quién?... Yo... ¿No te decía que estos días de primavera son muy peligrosos para los pescados... (indicando á Bonifacio y Ernesto) y para los pescadores?



CAE EL TELÓN

---